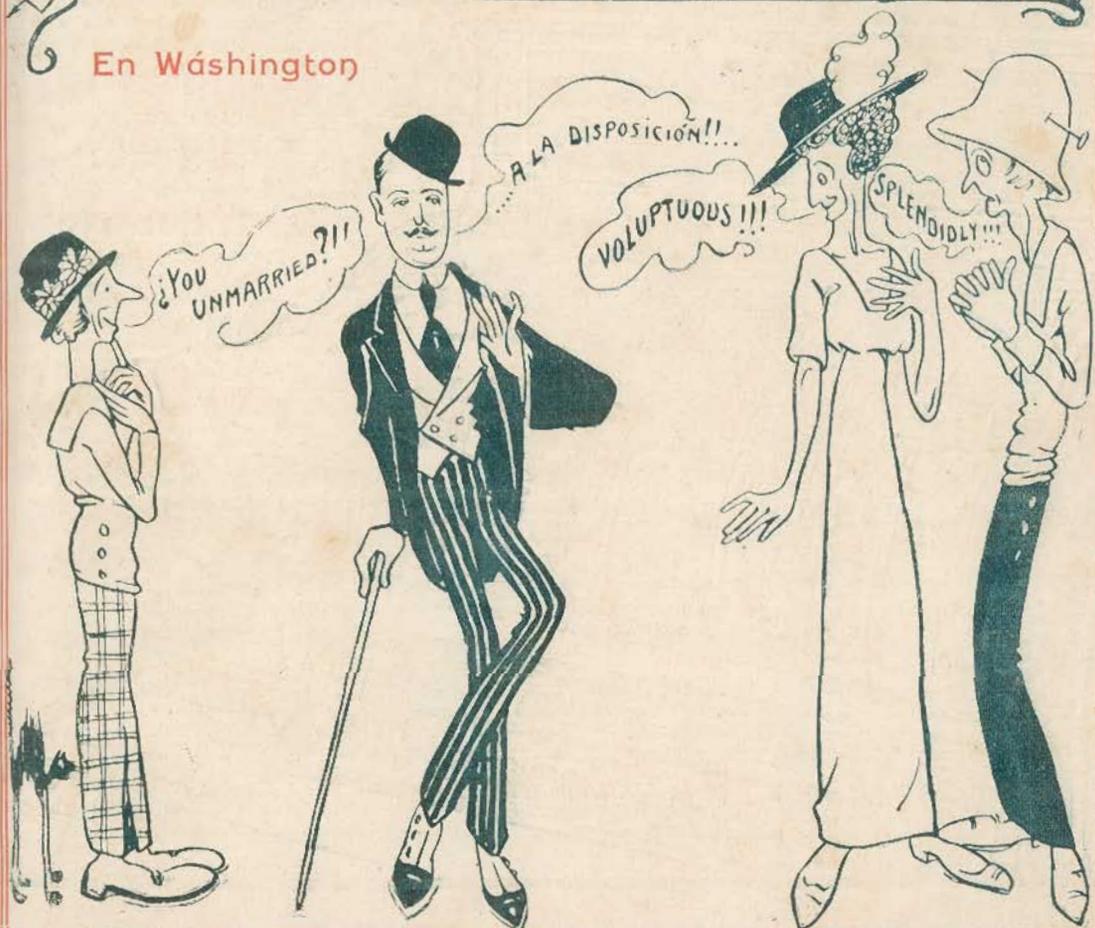




La despedida de Manolo

En Wáshington



ACONTECIMIENTO DIPLOMATICO

La Protección de su Negocio al alcance

LLEVE SU RECIBO

CONTADO

Pesos Centavos

E 6 . 10

de su Mano

Si en tiempos normales es necesario una vigilancia extrema para que el fruto de su trabajo y los rendimientos de su negocio, no sufran quebranto, ¿Cuanto más necesario no lo será en situaciones críticas?

Esto únicamente lo consigue empleando la Máquina Registradora

NATIONAL

de la que es Unico Agente

A. T. Harrison

Apartado 946 - Teléfono 451

SAN JOSE,

Costa Rica

National

SAN JOSÉ, COSTA RICA, AMÉRICA CENTRAL

PANDEMÓNIO

REVISTA ILUSTRADA
LITERATURA, POLÍTICA, COMERCIO, ARTES, CIENCIAS

DIRECTOR:

ALVARO DEL MONTE Y TORREBLANCA

GERENTE:

LICENCIADO ANTONIO TIBERIO CERVILLA GARCÍA

AÑO X

15 DE JULIO DE 1915

NÚM. 138

Agosto

1789 * 14 de Julio * 1915

Ayer celebró la nación francesa el ciento veintiséis aniversario de la toma de la Bastilla, acontecimiento que señala un cambio de sistema político universal en la medida de los grandes progresos humanos.

Al conmemorarse ayer en Francia la gloriosa epopeya del siglo XVIII, un nuevo y colosal problema de vida o muerte se resuelve a los ojos del mundo. Que los altos designios de Dios impartan su justiciera aquiescencia al triunfo de la razón, son deseos de todos los hombres juntos.

SUMARIO:

TEXTO

1789 - 14 de julio - 1915.....		Porfirio Díaz.....	
La nota del día, por.....	MAR DE LEMNOS	Por la hermosa y desventurada Ni-	
Amores románticos, por.....	MARIPOSA AZUL	caragua.....	
Invocación, por.....	J. RESTREPO RI-	Sedas, por.....	HELICODORO MO-
	VERA		REIRA II.
El corresponsal de guerra, por....	A. DEL MONTE Y	Los dos seres humanos más viejos	
	TORREBLANCA	del mundo, por.....	AVERIGUADOR VAR-
Los gases asfixiantes en el campo			GAS
de batalla, por.....		Minuto de amor, por.....	FROILÁN TURCIOS
La acción de Italia y la neutralidad	LUIS ARAQUISTAIN	Crónica Josefina, por.....	FLORINDO
española, por.....		Hojeando papeles, por.....	BACHILLER LOZA-
Llegar tarde... por.....	DIONISIO PÉREZ		NO DE QUINDOS
De la guerra europea, por.....	G. MARTÍNEZ S.	Actualidades, por.....	LISANDRO
El pensador mexicano, por.....	CAPITÁN MILIAS	Teatros, por.....	MONTEBLANCO
Impresiones de la vida nacional, por	RUBÉN DARÍO	Notas varias.....	
	SIMPLICIO		

GRABADOS

Diputado don Arturo Volio.—Emocionantes rasgos fisiológicos del de los gestos filosóficos.—Nota gráfica de la guerra europea.—Nota gráfica de la guerra europea.—El

Duque de los Abruzzos.—El Duque de Aosta.—Costa Rica pintoresca.—Costa Rica pintoresca.—Don Porfirio Díaz.—Indios aymarás.—Fomento rural de Costa Rica.

La nota del día

Por Mar de Lemnos

Por mucho que digan, el pueblo no toma en serio lo que está sucediendo en el Congreso. Para los genuinos costarricenses nuestro parlamentarismo no tiene otra razón de ser que los intereses de la política, y se ríen cuando les hablan seriamente de padres de la patria, de regeneradores puritanos y cosas así.

El pueblo está intrigado, curioseosa, y no habla para oír qué dicen los sin mancilla, reproducciones ególatras del antiguo calpixque nacional. Estamos acostumbrados a que ninguno de esos escarceos congresales tengan un fin provechoso al interés común. Estamos cansados de mascaradas rectilíneas... Ahí no existen muchos rectilíneos intransigentes, si les hablan de curvaturas trazadas bajo la incógnita matemática del yo. Huelgan, pues, esas declamatorias irradiaciones de protervía jurídica. El pueblo no cree en nada de eso. El pueblo es vidente. Tenga el acusador ciceroniano una santa devoción a sus principios morales y políticos, que el pueblo se le ríe por el hecho de no creer nada, abso-

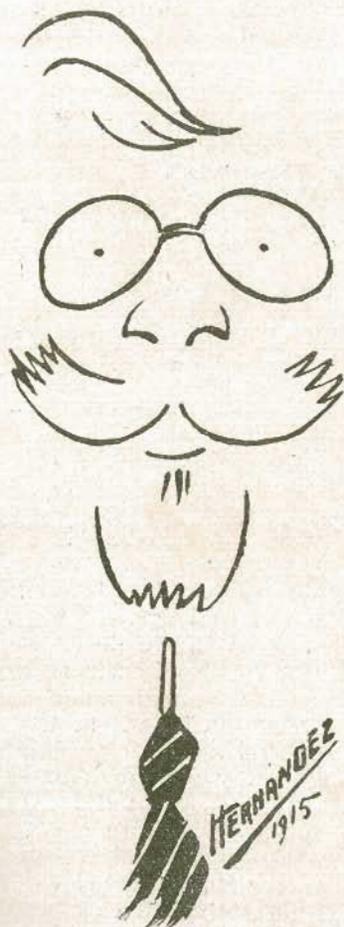
lutamente nada, en materia de parlamentarismo.



DIPUTADO DON ARTURO VOLIO
Un nuevo Cicerón

Ello es malo, pero es innegable.
Lo han enseñado a pensar y sentir

de esa manera. Sin tanta bulla, sin tanto escándalo, resuelto ese problema trascendental en términos que se ajustasen al propio decoro entitivo, es fácil que el pueblo creyera desligados el buen deseo de la mala intención.



Emocionantes rasgos fisonómicos del de los «GESTOS FILOSÓFICOS»

Pero así no, así desconfía y murmura. Así se vuelve cada días más escéptico, y entra a *las barras*, como va a la *galería de un teatro*, con derechos innegables de silbar y aplaudir, constituyéndose en árbitro del trabajo de los actores.

Así ha perdido el respeto al lugar, y a la misión sacratísima del manda-

tario, que atiende mejor las insinuaciones de *los barristas* que el dictado de su conciencia y de sus deberes. Oye que casi todos los diputados ignoran la ley, que pretenden ampararse de tal ignorancia para eludir responsabilidades, y la rechifla es enorme. Sabe que el Congreso no ha hecho nada bueno en pro de soluciones necesarias que nos salven del caos económico a que nos lleva la situación actual; sabe que todos los diputados cobran *la dieta*, y a renglón seguido se les dice que perciben dinero en cambio de sus libertades parlamentarias, es decir, que ante él se acusa de mercenarios a quienes llevan su representación universal, y, en su estática sorpresa del primer momento, los confunde y califica sin consideraciones, sin miramientos con que necesariamente deben singularizarse individuos entre el núcleo.

Desconfíe el acusador de las muestras devotísimas que recibe; ellas nacen a impulsos del entusiasmo momentáneo exteriorizado en su presencia.

Después el cuadro varía en forma grotesca. Un grupo lo ensalza; el conjunto se burla de la sana intención de sus procederes. Así también sonrío en presencia del gesto heroico de don Leonidas, de quien piensa que a no tener la abogacía en la ubérrima liquidación del desastre del Banco Comercial, no habría tenido tampoco ese rasgo emocionante de su renuncia. Y, con socarronería, goza de ver como se contradicen en sus gradaciones de actitud viril, Castro Ureña, Cortés y otros. Aguarda que el escándalo se recrudezca, que le den mayores ratos de solaz nuevos descubrimientos hechos todavía después de la presentación del informe de Hacienda.

Mas, no es que le interesen los buenos resultados que toda esa bullanga pueda deparar a la patria, sino que se recrea en ver desarrollarse un drama de circo.

Y es que el pueblo ha perdido la fe y confianza en sus hombres políticos, y supone que, por serlo, si no son apóstatas de la ley, es porque no se les presentó ocasión propicia.

Esa es la verdad escueta, desnuda. Verdad que se ejemplariza en ridículas genuflexiones del *ego*. Ayer el Secretario de Hacienda era tildado de infiel por algún puritano, que ya entonces cargaba sobre su conciencia el pecado convicto de infidelidad.

Por eso no creé en nada de la política, en ningún acto de políticos, aunque la apariencia los rodee

de nimbos gloriosos y patrióticos.

Y por eso batiría palmas si toda esta zarabanda de puritanos y protervos concluyese con la disolución de tan inútiles instituciones. Empero, no será así. Las cosas quedarán como antes, mientras en *las barras* impenionadas se discuten los derechos populares y el deber colectivo de su representación.

Amores románticos

Por Mariposa Azul

Al Luz de Alma

Dueño:

Como el hálito vivificador que exhala un vergel florido al beso tierno del aura matinal sobre sus rosas, llega a las reconditeces del afortunado corazón mío ese himno entusiasta de incomparable cadencia que entonas a nuestros amores.

¡Oh! gracias, gracias infinitas. ¡Que Dios te lo pague!

Nada podía hacer mayor bien a mi alma que esas manifestaciones de celos que te abrasan, y que vienen a expresar toda la inmensidad de una pasión fundida en el molde de un delirio inexplicable.

¿Tuya en el Cielo, dices?...

Y bien, sea: volemos en pos de una felicidad de que el mundo nos priva. Pero dime ¿estás seguro de llevarme contigo a gozar de la dicha eterna?

¿Acaso tu percepción intuitiva no ve la posibilidad del caos en la fe ciega de lo incognoscible?

¿No habrá una negación material

allí donde tu idealismo desea conducirnos espiritualmente?

Quiero morir, pero sólo en el caso de que expreses tus convicciones sobre si es o no estéril a nuestras soñadas esperanzas el sacrificio de la vida.

Yo no sé nada del mundo; ninguno sabemos lo que pueda existir más allá de la muerte. ¿Quieres tú descifrar el enigma de mis dudas?

Te pido perdón si no miro ciertas cosas bajo tu punto de vista ideal. ¿Es quizás por ello mi egoísmo impureza anímica, o se resuelve de forma que obliga a creer que mi amor no puede acogerse a la duda, sino a la realidad? ¿Grandeza, pequeñez del sentimiento predominante?...

Lo ignoro, y por eso deseo oír tu opinión decisiva. De todas maneras yo no podría vivir sin tu amor, porque él me alienta en el martirio de nuestro disimulo, por eso si cavas tu fosa escribe este epitafio: «Para siempre unidos»...

San José, 10 de julio de 1915.

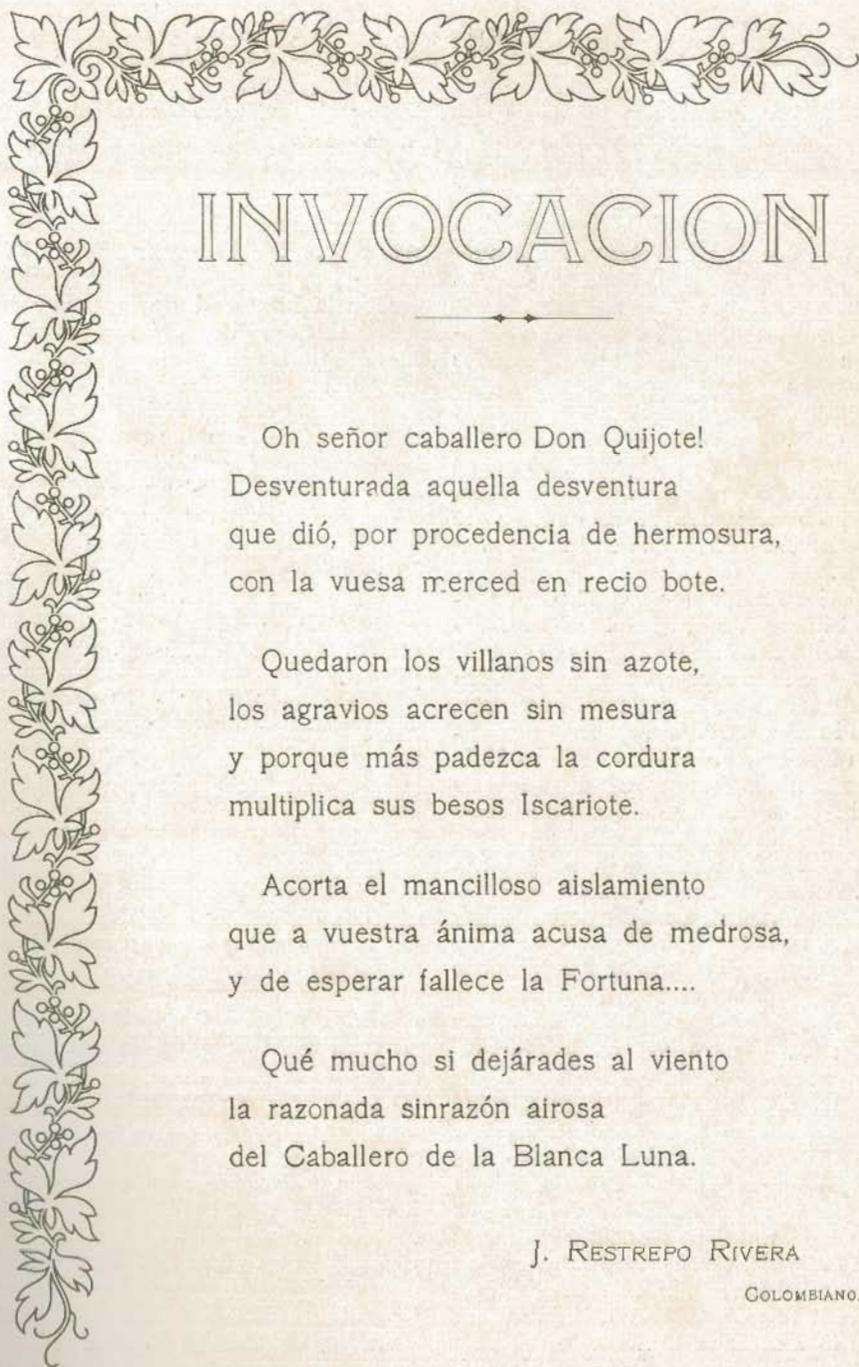
SALUD Y RIQUEZA

Para las familias que no deseen beber agua de la cañería, elaboramos **KOLAS** y **LIMONADAS** especiales con **AGUA MINERAL DE SANTA ANA**.

Teléfono 34

ORTEGA Y Cía.

Teléfono 34



INVOCACION

Oh señor caballero Don Quijote!
Desventurada aquella desventura
que dió, por procedencia de hermosura,
con la vuesa merced en recio bote.

Quedaron los villanos sin azote,
los agravios acrecen sin mesura
y porque más padezca la cordura
multiplica sus besos Iscariote.

Acorta el mencilloso aislamiento
que a vuestra ánima acusa de medrosa,
y de esperar fallece la Fortuna...

Qué mucho si dejárades al viento
la razonada sinrazón airosa
del Caballero de la Blanca Luna.

J. RESTREPO RIVERA

COLOMBIANO.

El corresponsal de guerra

Para el culto compañero José Branyas.
"Mercurio",—New Orleans

Por A. del Monte y Torreblanca
(Kadamés)

La columna había acampado después de fatigosa marcha durante nueve horas consecutivas por los grandes arenales que forman el desierto.

Sobre ella flotaba, a manera de neblina densa y oscura, una asfixiante polvareda que arrancara nuestro paso continuado sobre las arenas calcinadas del erial. Entre los hombres repetíanse fortísimos estornudos, mientras la caballería resoplaba sacudiendo el cuerpo con violencia productora de estruendosos choques de armas y bagajes.

Varios Ayudantes del Cuartel General iban y venían en el ordenamiento de servicios de avanzadas y retenes. Nosotros, los corresponsales de guerra admitidos en la expedición, renegábamos en mente del perro oficio que obliga a hombres civiles, y en gran número excépticos por razón de las teorías positivistas deducidas de observaciones hechas en el revelador estudio de una profesión psicologista originalísima, renegábamos, decía, de los deberes que nos forzarán a tragar polvo, sufrir calores tórridos, hambre, sed, peligros sin cuento, y la tutela disciplinaria del código marcial que, en cierto modo, nos igualaba a un soldado de línea; todo para vernos inminentemente urgidos a someter los despachos e informaciones al censor inexorable del general en jefe o su delegado, quienes eran, sin duda alguna, los verdaderos reporters que informaban al público según su conveniencia, por medio de nuestros respectivos diarios y a título de: «El Corresponsal».

Horror, horror, gritaba S. Lido, representante allí del *New York Herald*: esto es insoportable...

Sonó el clarín de órdenes: Ta-tari, ta-ta-tarí, ta-ta-taró, tariiiiiiii.

Llamada a oficiales, observó Granny, corresponsal de *The Times*. Veamos.

Con la humedad de la noche que ya sombreaba el espacio, la polvareda había ido disminuyendo, y a diez metros del pabellón de corresponsales distinguíase al general Blanco, comandante en jefe, reunido con sus oficiales a quienes advertía la proximidad del enemigo que atacarían por la mañana, y encargábales extrema vigilancia en las avanzadas para evitar sorpresas. Los oficiales saludaron militarmente, yéndose cada cual a su puesto. Después no se oían otros sonidos que el roer de las bestias comiendo su pienso.

A los soldados les distribuyeron pan y conservas, para no hacer lumbre, y en obediencia de las disposiciones superiores, nadie encendería un fósforo ni mecha fuera de los pabellones. Tampoco se podía fumar cigarrillos; el que lo deseara tenía que valerse de la pipa, colocando una mano sobre el quemador a fin de evitar que se distinguiese el menor destello luminoso. Por el campamento no debían ir y venir más que los servicios de imaginaria y relevos, bajo pena de arresto para los infractores. De ese modo aquel vivac de quince mil hombres, no hacía mayor ruido a las siete de la noche que un tranquilo mesón de aldea.

Por nuestra parte «la gente de pluma», como nos solía llamar el viejo coronel C., habíamos formado corro al rededor de un sillín colocado a guisa de velador, sobre cuya superficie se sostenían media docena de vasitos plegadizos de aluminio, en los que bebíamos coñac con agua mientras nos endilgaba una enrevesada disertación

NOTA GRAFICA DE LA GUERRA EUROPEA



Un puesto avanzado de observación inglés en las líneas de Flandes

a media voz, contando sus glorias reporteriles en la guerra ruso-japonesa, el perinclaro decano de los corresponsales, Sir E. G. Payne, que ostentaba en campaña la representación de la «Associate Press».

Galindo, el «vivo» repórter de *The Standard*, bostezaba ruidosamente, quizás mejor influido por los vapores de repetidas libaciones que a fuer de hombre no dispuesto a sobrellevar con calma las «tabarras» de nuestro prójimo; pero, en fin, bostezaba, y ello no le agradó a Payne, que hubo de objetarle con toda la circunspección y galantería en él habituales: «Mister Galindo: usted no escuchar gustoso mis narraciones, y yo no querer ser impertinente... ¡good night!» Y fuese a dar con su cuerpo encima de cuatro lonas de aparejo extendidas en el suelo.

Su ejemplo cundió en la asamblea, tomando cada cual la posición más cómoda.

Consulté el reloj: las nueve! No tenía absolutamente ningún sueño, por lo que arrojé el cigarro dentro de la tienda y salí a respirar aire libre, casi tibio por las ardorosas emanaciones del caldeado arenal.

Abstraído en recuerdos de mi vida anterior, consagrada a husmear en todas partes la noticia para el diario donde trabajaba, y a oír adulaciones interesadas de mil aspirantes a bombos y halagos de soberbia, orgullo y vanidades, que ponderaban toda información mía, llamándome el Non Plus Ultra del reportaje moderno, con la esperanza de verse adjetivar de insignes, talentosos, insustituibles, honorabilísimos, gallardos, pundonorosos, etc., etc., reía, monologando, sin dejar de caminar insensiblemente a través de aquella ciudad dormida. Pasaba a la sazón junto la casa del general, cuando fui sorprendido por el trueno de una descarga hecha en la avanzada más cercana.

Al silencio profundo que reinara hasta entonces sucedió la algarabía más horrible. Cien clarines rasgaron los aires tocando «llamada», «fuego»,

«a replegarse», «en batería» y otras órdenes, en tanto que la infantería y artillería de primera fila disparaban sin cesar. El enemigo estaba llevando a cabo un furioso ataque nocturno.

Corrí hacia nuestra tienda de campaña y pisoteé a mis compañeros que yacían tendidos en el suelo para librarse en lo posible de las balas. A tientas cogí un abrigo y la cartera de viaje, instando sin resultado a los colegas para observar la batalla. «Luego nos contarás», respondían.

Yo no me cuidaba en aquellos momentos de ningún peligro, y sólo me preocupaban las medidas que podían ser buenas para ver bien el combate sombrero y relatar luego sus sensacionales peripecias en mi diario. Avanzaba rumbo a la línea de fuego, cuando a la luz amarillosa de la luna divisé gruesos núcleos de tropas que retrocedían ostensiblemente sobre el centro de las posiciones.

De entre las masas compactas destacó un grupo conduciendo algo que yo no distinguía a lo lejos, pero al acercarme un oficial interrogó: ¿quién vive? ¡Periodista! contesté. ¿Qué hace ahí? repuso con expresión de ira. Retírese, ordenó de un modo que no admitía réplica. Mas, en el instante que me disponía a tomar el camino de nuestro albergue, otro oficial se acercaba jadeante preguntando: ¿qué pasa? ¡El general que ha muerto! fué la contestación.

Oír tan grave cosa y pensar en el éxito informativo que sería para mi diario dar las primicias de aquella nueva importantísima, fueron idea y proyecto elaborados en mi cerebro con la celeridad de un relámpago.

Pero ¿cómo? pensé, ¿cómo burlar las guardias de la plaza enemiga para servirme del telégrafo? Sin embargo, es necesario. «Un repórter no debe encontrar imposibles», aseguraba yo, fanfarroneando de nuestras aptitudes profesionales. Y sin pararme ante ninguna clase de consideraciones, tomé el caballo que se me destinaba en las marchas y lo lancé campo

arriba, en dirección al pueblo enemigo, distante nueve kilómetros...

He perdido la noción exacta de lo que me sucediera al atravesar las líneas de fuego. Recuerdo que estuve dos segundos en un infierno de truenos y rayos, que caí debajo de mi cabalgadura muerta, y que fuí alzado por dos hombres que me condujeron a unirme con tres o cuatro centenares de prisioneros.

Después, entre garrotazos, puntapiés y ofensas atroces, se nos llevó a la plaza enemiga, donde se me quiso encerrar junto con los demás.

Me opuse indignado, y dirigiéndome a un Mayor que vigilaba, le interpele: ¿usted es el jefe, señor? pues tenga a bien reconocer que no soy soldado sino periodista, corresponsal de guerra, y sé algo importantísimo qué comunicar a vuestro superior. «Diga, que se lo trasladaré», adujo el Mayor acercándoseme. No, no, tengo qué decirselo a él nada más, y si no me dejan verlo ahora mismo, perderán ustedes una magnífica ocasión de...

Intrigado el oficial me separó de los prisioneros, guiándome a presencia del general Márquez, comandante de la plaza.

Le hice una sucinta explicación de mis esfuerzos y su objeto, y al saber que el jefe enemigo había muerto y yo pretendía telegrafiar noticia que tanto le favorecía, me dijo: «joven, queda usted en libertad. Telegráfeme. Pero he de advertirle que si al rayar el alba permanece usted aquí, lo envío arrestado al castillo de San Pablo!»

En un santiamén llegué a la oficina de telégrafos.

Si me dirigía personalmente a mi diario iba a ser expulsado de la columna Blanco tan luego se leyera el telegrama, y esto no convenía.

Valerme del corresponsal local era descubrirme y perder tiempo.

Me vino entonces a la imaginación una idea feliz. Telegrafiar a la Prensa Asociada fingiéndome Payne, y aunque no llevaba tarjeta para usar del

servicio «a pagar prensa», si yo abonaba, el telegrafista no podía negarse a transcribir un mensaje pagado y con firma responsable según ley, y allá lo aceptarían llevando la contraseña especial (que yo sabía perfectamente) del corresponsal Payne.

Mi diario era el único de la tarde que estaba suscrito en X. a los servicios informativos de la Prensa Asociada, pues los demás eran abonados de la Reuter, Laffan, Hispania y otras. El despacho puesto en X. a las 4 y 20 minutos de la madrugada no podía alcanzar las ediciones de los diarios de la mañana servidos por la Asociada, y sí al mío, que salía a las 2 p. m., así es que valiéndome de esa estratagemata ocultaba mi actuación a las represalias del campamento y mi diario sería el primero de la ciudad que insertara la derrota y fin del general Blanco, con quien caía el mejor sostén de un Gobierno.

Me asaltaron sin embargo algunos escrúpulos de causar daño a Payne, mas, ¿y la noticia no valía cualquier sacrificio?... Y luego, él, que contaba haber pasado la Historia Antigua por cable con objeto de impedir que se le adelantasen los cofrades, ¿no se hizo digno de que se le jugaran algunas de sus tretas?

No lo pensé más, y deposité el mensaje que copio:

«Prensa Asociada, New York:— General Márquez, comandante plaza L., derrotó anoche salida impetuosa a general Blanco, muerto batalla.— Payne. 22. B. 5».

Puesto y abonado el telegrama salí a toda carrera, y entraba en el campamento a las 7 y media de la mañana, excusando mi ausencia con que me había extraviado al huír por la noche del alcance de las balas enemigas. Las cosas sucedieron como yo suponía: mi diario fué el primero de la región, que publicó la muerte de Blanco comunicada por la Prensa Asociada a las 8 y 41 minutos a. m.

A Payne se le expulsó de la columna sin que le valieran protestas de inocencia; y, cuando ya enterado de

la hazaña nos vimos cierto día en X., díjome:

«Amigo, todo debe sacrificarse a la noticia, incluso sentimientos y aprensiones. Admiro en usted al verdadero repórter moderno...

«Yo soy ahora jefe de servicios de la Prensa Asociada, ¿quiere usted aceptar un puesto con seicientos dollars al mes?...»

San José, C. R., 12 de Julio de 1915.

Los gases asfixiantes en el campo de batalla

Por Luis Araquistain

En la reciente batalla de Yprés, que comenzó el 22 de abril y duró varios días, los alemanes dieron a conocer una nueva sorpresa. Era probablemente la que se venía anunciando desde hacía meses, como el recurso supremo que iba a pasmar al mundo y a aniquilar al enemigo. Lealmente ha de confesarse que esta última sorpresa ha sido más sorprendente y eficaz que las anteriores de los submarinos y de los zeppelines.

He aquí la forma de su presentación. Por la tarde del día 22, vieron los soldados franceses, desde su línea de fuego, ascender al espacio en la línea alemana, como una densa cortina de humo amarillento. A favor de una mansa brisa, esta extraña nube comenzó a moverse hacia las trincheras francesas, sin elevarse del suelo más de unos 16 pies. Los franceses la esperaron sin recelo, pero al ser envueltos por ella, se sintieron asfixiar. Unos pudieron huir, tosiendo y escupiendo sangre, más otros menos afortunados murieron en breve plazo. Análoga suerte cupo al contingente canadiense. Los alemanes los habían envenenado químicamente.

Aún no se ha puesto en claro ni la naturaleza de estos gases ponzoñosos ni los medios de su difusión. Algunos técnicos creen que se trata de cloro; otros de bromo; otros señalan la probabilidad de que sean otros gases. En cuanto a los medios de lanzarlos sobre el enemigo, hay quien opina que

sólo se trata de bombas llenas muy comprimidamente de estos gases, las cuales al estallar, dan nacimiento a una nube mortífera. Otros afirman que estos gases letales van encerrados en grandes botellas, las cuales situadas al borde de sus propias trincheras, se destapan tan pronto como sopla viento favorable y su contenido se arrastra en dirección al enemigo como un aliento de muerte.

Quede el esclarecimiento de estos dos puntos para los técnicos de Francia o Inglaterra, muy ocupados ya en estos instantes en inventar máscaras que defiendan a los soldados contra este nuevo peligro. Detengámonos en la significación esencial del hecho que es esta: los alemanes han movilizad la química. Ultimamente su inferioridad mecánica — cañones — se había hecho notoria. Krupp iba perdiendo la batalla día a día con los Armstrong, los Vickers, los Maxim, los Schneider y tantos otros fabricantes de cañones ingleses y franceses. El genio alemán no es preponderantemente mecánico como el inglés o el yanqui. Por tradición, la mecánica se ha manifestado aliada. Pero no así la química. El genio alemán es más bien químico. La mecánica exige facultades creadoras, espíritus que agreguen algo suyo a la materia inerte. Al contrario, la química no necesita más que una ilimitada paciencia de combinación de elementos naturales. Se comprende que un pueblo como el alemán, tan paciente,

NOTA GRAFICA DE LA GUERRA EUROPEA



Empleo de los gases asfixiantes por las tropas alemanas en la batalla de Langemack, y con los cuales consiguieron desalojar de sus posiciones a los franceses. (Al fondo, la nube producida por los gases).

tan metódico, tan incansable, haya dado tan grande impulso a la química y tan escaso a la mecánica.

Su gran ciencia de combate, era, pues, la química y no la mecánica. Por esta razón esperábamos tan poco de los cañones Krupp, de los zeppelines, de los submarinos. El mismo 42, es un monumento en cuanto volumen, fragor y complicidad; pero no sirve para ir por los campos y los caminos sin rieles. También los zeppelines tienen majestad, masa abundante, presencia imponente; pero la desproporción entre las dimensiones de la causa y la inanidad de sus efectos presta a estas enormes máquinas un carácter económico, casi grotesco. En suma, el fuerte de los alemanes era la química. ¿Por qué no la han traído hasta ahora a la línea de fuego? Cuantiosas deben ser las reservas de productos químicos existentes en Alemania. La paralización de la propia industria y la imposibilidad de exportar esos productos al resto del mundo, deben ser causa de que los depósitos químicos alemanes estén bien repletos. ¿Cómo no los han utilizado sino a los nueve meses de comenzada la guerra? ¿Les contendrán los escrúpulos morales de saber que las convenciones de La Haya prohibieron el uso de gases asfixiantes? No parece probable.

Pero el hecho es ese: la química está ya ahí, en la línea de fuego, combatiendo contra la mecánica. A esto va quedándose reducida la guerra: a una lucha de ciencias técnicas. En realidad los que ganan y pierden las batallas no son tanto los hombres de los frentes como los obreros de las fábricas y de los laboratorios. Es una guerra de técnicos y de técnicas. La lucha personal, cuerpo a cuerpo, de hombre a hombre, no es sino subalterna, accesoría. Un ejército detiene a otro que avanza nada más que para impedir la pérdida de sus cañones. Y un ejército avanza para que avancen sus cañones, y así se prolongue su línea de tiro. Los soldados atacan las máquinas del enemigo y defienden sus propias máquinas. El héroe de la guerra actual

es la máquina; los antiguos héroes de carne y hueso son simples tornillos suyos, necesarios, eso sí, pero no tanto que no podamos concebir que un día lleguen a ser absolutamente innecesarios, por lo menos en forma de tan gigantescos ejércitos.

Ahora viene la química a combatir contra la mecánica. También la retorta, frente a la máquina, aspira al heroísmo. ¿Cuáles serán las influencias de su intervención? Aún es prematura toda profecía. Baste consignar el hecho de que la acción de la técnica aumenta al mismo tiempo que disminuye la acción directa, personal del hombre. Mientras los soldados se mueren de hastío en las trincheras o juegan al foot-ball en la retaguardia, los cañones despedazan al enemigo y los gases del cloro o del bromo le asfixian. ¿Nos hemos dado realmente cuenta del cambio de método de la implantación casi radical del hombre por la máquina, que se ha operado en el transcurso de la guerra? Y quién sabe qué otras técnicas están llamadas a intervenir en esta u otras guerras. Pensemos en la electricidad como instrumento de lucha. ¿Por qué un beligerante no ha de poder algún día cargar la atmósfera que gravita directamente sobre el enemigo de tal fuerza eléctrica, que al descargarse la carbonice en grandes masas? ¿Quién puede hablar de imposibilidades en materia de aplicaciones técnicas?

El hombre va reemplazando en todo su fuerza muscular por las fuerzas transformadas de la naturaleza. Así también en la guerra. Cada día tiene el hombre en sus manos más fuerzas naturales. Supongamos que de pronto estas fuerzas apareciesen centuplicadas, que el poder destructor de sus aplicaciones mecánicas, químicas, eléctricas fuese cien veces mayor. ¿Qué ejército las resistirá? La técnica tiende a eliminar el soldado como tal y a sustituirle por un obrero técnico. Cuando la técnica se perfeccione más, serán imposibles las grandes masas de soldados, porque ofrecerán un terrible blanco al distante enemigo. Ya

ocurre esto en parte en la guerra actual. Después de los primeros combates en masa, los ejércitos se han hundido bajo tierra como único medio de defensa.

Esta guerra es el triunfo de la técnica sobre el esfuerzo puramente muscular del hombre.

Admitiendo un progreso indefinido de la técnica industrial, bien cabe concebir una de estas dos posibilidades: o la guerra llegará a ser tan mortífera, tan capaz de aniquilar a pueblos

enteros en un corto tiempo, que su propia naturaleza le haga imposible; o la guerra quedará limitada a una lucha de máquinas manejadas por un pequeño número de técnicos y sin otro blanco que otras máquinas enemigas. Dígase, si se quiere, que todo esto suena a fantasía juliovernesa; pero no se olvide que en el vientre de toda realidad hay siempre una nueva y más plena realidad, y que las realidades de hoy fueron las visibles fantasías del «miope» de Julio Verne.

La acción de Italia y la neutralidad española

Por Dionisio Pérez

A la guerra del 70 no fué Francia arrastrada, aparentemente, por un capricho imperial; fué después de un plebiscito. Erekmann Chatrian nos ha referido cómo se arrancó la declaración de guerra al voto popular. Recuerdan aquellas páginas unas lecciones españolas. Luego, el plebiscito tuvo la sanción de la retórica parlamentaria. Pero cuando llegó la hora trágica, sólo rodó por el suelo el trono de Napoleón. El pueblo liquidó en una explosión de ira su responsabilidad.

En Italia ha sido dominada también, como lo fué antaño en Francia, la corriente pacifista y neutralista. En Milán, los obreros que plantearon la huelga general fueron arrollados por la policía; el Poder público buscaba la guerra, quería la guerra. Este es el hecho. La Historia juzgará a Italia. Si vencedora, asentará sus nuevos dominios sobre odios; si vencida, pocos tendrán lástima de ella.

Para nosotros, en estos momentos, no hay en el hecho de Italia más que dos aspectos: uno, la facilidad, la inconsciencia con que una nación se deja llevar a la guerra; cómo bastan unas palabras hábiles para encender en ira a todo un pueblo; cómo unas

promesas de engrandecimiento territorial, que hay que conquistar a precio de dolor, de oro, de sangre, y que no aumentará la riqueza ni la felicidad de cada ciudadano, enardece una nación entera. El otro aspecto es el de que se quiera presentar a los ojos de España el caso de Italia como un espejo donde deba mirarse. Claro es que esto no podría hacerse en un país donde la política actuara bajo la sanción de la opinión pública; donde la irresponsabilidad y la impunidad son los dos principios fundamentales de todos los partidos políticos; donde pueden perderse las ricas colonias, y hundirse las escuadras, y rendirse los ejércitos sin que un solo gobernante tuviera siquiera, por mínimo castigo, que retirarse, fracasado, a la paz de su hogar... Sólo así, contando con la impunidad del mañana, y contando, además, con la incultura de un pueblo que no sabe en qué sitio de Europa vive ni qué cosas pasaron antes en ese trozo de tierra que ocupa, se le puede decir a España: «Mírate en el espejo de Italia...»

Porque Italia aprovecha una acasión propicia para vengarse del enemigo secular. Mientras tuvo el recato del



EL DUQUE DE LOS ABRUZZOS,
Almirante de la escuadra italiana



EL DUQUE DE AOSTA,
figura de gran relieve en el ejército de Italia

tratado que unía ambas naciones, no se pronunciaba la frase terrible; pero ahora ya, caídos en fragor bélico, todos los velos de honestidad, esas palabras están en todos los labios, en todos los periódicos, en todos los documentos. Alguien de la familia real las ha utilizado para arengar a las tropas que marchaban a la frontera: «¡Vais a vencer al enemigo secular!» Y ante este espejo, me pregunto yo, dónde está el enemigo secular de España; qué nación nos invadió y sumió en el siglo de pobreza; cuál detentó nuestros territorios, hundió en el mar nuestras escuadras y nos infirió el agravio de derrotar a nuestros ejércitos? No queda en la conciencia nacional pizca de resquemor contra los Estados Unidos, que no quisieron que el siglo xx conociera la grandeza española, y emplearon contra nosotros toda la perfidia y todo el ensañamiento de los pueblos que no han aprendido la hidalguía del vencer sino en mezquinas guerras civiles, ¿a quién,

entonces, podremos odiar? ¿A qué nación la declaramos nuestro enemigo secular? En poco de rotórica periodística y creo que en la de una real orden, enterramos con la fiesta del dos de mayo nuestro odio nacional más legítimo. Del horror, de la vergüenza, de la iniquidad de la invasión francesa no queda sino leves relatos en los epítomes de la Historia que nadie lee. De la intervención de nuestra política interior, imponiéndonos el régimen absoluto y engendrado con las botas de montar y los zapatonos—no necesitaron usar más ni mejores armas—de los cien mil hijos de San Luis, todo el oprobio, toda la locura, toda la estupidez de nuestro siglo XIX, apenas nadie recuerda una palabra. ¿Cómo declarar, entonces, que España tiene un odio que satisfacer contra un enemigo secular, como lo tenía Italia?

No; España lo ha perdonado todo. No se hable ya de Rosellón, de los Países Bajos, de América, de los numerosos territorios que hemos perdi-

do; no se recuerde nuestra escuadra hundida en Trafalgar; no se piense en que si había un derecho europeo desde Argel al Cabo de Buena Esperanza, era un derecho español, de navegantes y conquistadores españoles, y todo ese litoral nos ha sido robado y se nos ha regateado vilmente los míseros restos que nos quedan en las manos. ¿A quién culpar? ¿A quién odiar? ¿Cómo puede decirse a nuestro pueblo: «mírate en el espejo de Italia», cuando hace pocos años se excitaba a las madres a que se arrojaban sobre la vía del ferrocarril, para impedir que pudieran ir a Melilla sus hijos, a castigar una agresión, atizada sabé Dios por quién, mientras Francia, esta querida hermana Francia, esta pobre víctima del Derecho y de la Justicia, nos amenazaba por medio de Caillaux y de su prensa toda, con encender la revolución en España, si nuestros diplomáticos no la dejaban apoderarse de todo el trozo de Marruecos que apetecía? Yo no sé de qué pueda servirnos a nosotros el espejo de Italia. Por nuestras desdichas históricas, las únicas compensaciones que se pudieran dar al sacrificio de llevar nuestros hijos al inicuo matadero de la guerra, están en manos de quienes no han de darnosla jamás. Los que sueñan con Gibraltar pudieran pensar en que no nos bastaría, para no creernos un pueblo indignamente manumitido, el que se nos dejara artillar y defender Sierra

Carbonera, sobre cuyos picachos españoles pesa un veto extranjero. No ha padecido Italia afrenta semejante de Austria. Italia ha podido alzar en las fronteras cuantos fuertes, castillos y bastiones ha apetecido. En derredor de Gibraltar, no tiene España ninguna plaza fuerte, sino ciudades abiertas, ferrocarriles de penetración, amplias carreteras, la puerta nacional de par en par sin cerraduras y sin candados. Un invasor en España no encontraría a su paso las fortalezas de Mantua, Verona, Peschiera y Legnano... ¿Cómo mirarnos en ese espejo?

Hay un hecho que no se ha dicho o no se ha repetido bastante al pueblo español. La neutralidad de Italia salvó e hizo posible nuestra neutralidad. Nos mantenemos en paz porque la paz no se ha perturbado entre Gibraltar y Brindis; porque Francia ha tenido libre su ruta con Argelia, e Inglaterra libre su camino hasta Egipto. Esa es la única relación que nos liga a Italia y eso es lo único que se debe decir al pueblo español.

La mayor iniquidad, mayor que la de Bélgica, la mayor perfidia, mayor que la de Italia, sería hacer entrar a España en este conflicto, donde no se dilucida interés ninguno suyo y donde, llegado el reparto de vestiduras, no habría ninguna a medida de nuestra necesidad ni que pudiera satisfacer nuestro anhelo.

JUAN RAFAEL CALVO

ELECTRICISTA

Instalaciones y reparaciones en todo lo que se refiere a corrientes eléctricas y timbres y reparaciones de cocinas.

GARANTIZA EL TRABAJO

Ordenes: a la Librería e Imprenta Alsina y al Taller de Hojalatería y Fontanería de Pablo Brenes

CARLOS A. ORTIZ

Mecánico, Regulador
Reparador de Pianolas, Armonium
y Pianos.

Direcciones:

Escuela de Música de Santa Cecilia
Mata y Co.

Frente al Banco Anglo—Apartado 303



COSTA RICA PINTORESCA.—Paisajes de la rivera

¡Llegar tarde...

Por G. Martínez S.

Adela.—Pero tú éstas loca.

María.—No lo sé: eso quiero saber, y lo sabré viviendo. ¿Qué habrá dentro de esta inquietud, de esta ansiedad, de este llamamiento angustioso?

Los hombres viven, los hombres saben, porque son egoístas y van siempre por donde les parece. Nosotras siempre tenemos miedo, al dar un paso, de ofender a alguien, de entristecer a alguien. A mi algunas veces me da por cantar, por dar gritos, por correr como loca, y cuando me he cansado de hacer ruido, me entra una llorina!... ¡Y me deja un descanso tan completo llorar por nada! Ya véis que simpleza: pues mi marido se asustaba de eso, le daban miedo las exaltaciones, se empeñaba en pensar que me faltaba algo y echarse la culpa, y por no entristecerlo ni cantando ni llorando, algunos días me faltaba poco para estallar de tensión nerviosa, y tenía que meterme en la cama y fingir una jaqueca horrible para quedarme a oscuras y llorar a mi gusto con la cara metida en las almohadas.

Adela.—¡Respira, hija, respira!

Carolina.—Haces bien.

Clara.—No sé si haces bien, pero tienes derecho a hacerlo.

María.—¿Verdad?

Inés.—¿Y quién va contigo?

María.—Una doncella inglesa, que ha viajado mucho, y entiende de equipajes y de estaciones; con eso no tendré que ocuparme de nada.

Adela.—(Con burla cariñosa) ¡Lástima que no tengas aquí a Lorenzo Peña.

Carolina.—¡Ja, ja, ja! ¡Es verdad!

María.—(Interrumpiéndose un poco) ¿Por qué?

Adela.—Porque sería un compañero de viaje magnífico... A él le daba también, si mal no recuerdo, por todo eso de la libertad, y la vida completa.

No, y un loco hace ciento, porque a mi no me digas, que la mitad lo menos de esos arranques tuyos, te los ha metido él en la cabeza.

María.—¡Bah!

Carolina.—¿Y dónde está?

María.—No sé: desde que se marchó, hace casi cuatro años, no sé de él.

Inés.—Yo le he oído decir a mi padre que se había casado en Méjico.

María.—Es posible..., ya digo que no sé.

Carolina.—Oye, y entre nosotras, ya que estamos en vena de confidencias, ¿qué fué lo que pasó en realidad? Digo, si a tí no te disgusta...

María.—¡A mí! ¿Por qué? No pasó nada. Que yo le quería muchísimo, que, por lo visto, le traté demasiado bien, y que él, tomando el rabano por las hojas confundió mi amistad con otra cosa. Que me lo dijo, y que yo, como soy una mujer honrada, y (sonriendo) antes morir que faltar ni tanto así a mi marido, le mandé a paseo con cajas destempladas, y él, después de hacer unas cuantas simplezas para molestarme, tomó el tren, y si te he visto no me recuerdo. ¡Requiesca in pace!

Clara.—¡Dios le haya perdonado!

María.—Ea, pues despedios de mí, que ha llegado la hora.

Adela.—Mujer, bajaremos a la estación.

Inés.—Eso es, si, y te haremos una despedida entusiasta al arrancar el tren.

María.—No, no. Me marcho sola: vosotras os quedáis aquí.

Carolina.—Pero ¿por qué?

María.—Por nada, porque si, por figurarme, al pasar esa puerta, que rompo con todo lo que me une a mi vida pasada. Adiós chiquillas... (abrazándolas) ¡Adiós, adiós, adiós! Si paso por París os enviaré sombreros a todas.

Adela.—A mi no vayas a mandarme alguna extravagacia.

María.—No, madre de familia, descuida: una capota negra. ¡A vivir! Ahora cantaré cuando quiera, lloraré cuando me dé la gana, suspiraré si me parece bien, oyendo tocar a los tziganos los vales más cursis, no me acosaré en toda la noche si no tengo sueño, beberé champagne sin temor a decir tonterías ni a ponerme romántica, no tendré que marcharme del baile cuando empiece a estar más divertido, bailaré hasta rendirme aunque me den palpitaciones, dejaré que me hablen de amor, y me reiré como una loca, sin que nadie tenga derecho a ofenderse, sabré lo que hay detrás de todas esas luces y esas flores y ese ruido, que siempre he visto desde fuera, sí, sí, tendré mi sitio entre la gente que goza y que se ríe, y no tendré el tormento de ver que la alegría está siempre sentada en la mesa de enfrente! Ea, un beso: otro abrazo.

Clara.—Cuidadito con el amor, que suele echarlo todo a perder.

María.—No hay miedo. ¿Amor a mi? Soy un marmolillo. (Desde la puerta).

¡Juana, Juana, el sombrero! el abrigo! Acordaos de mí.

Clara.—Tú de nosotras, si te queda tiempo.

Inés.—¿Escribirás?

María.—No pienso. Ya os citaré a la vuelta de cuatro años, para contaros mis impresiones. (Juana entra con el sombrero y el abrigo—María se los pone sin dejar de hablar). Que venzáis por aquí, que os reunáis de cuando en cuando, como si yo estuviera. Juana tiene ya órdenes, para merendar en recuerdo mío... os consiento que murmuréis de mí y que me llaméis loca, desequilibrada y romántica. (Mirando al reloj). ¡Uy, las seis y veinte! Me quedan diez minutos. A ver si pierdo el tren... ¡tendría gracia llegar tarde la primera vez en mi vida que voy donde me da la realísima gana!

(Besos, abrazos. Sale. Las demás salen detrás de ella y se oye un momento en la antesala: Adiós, adiós,

que te diviertas, buen viaje... etc... Vuelven a entrar Inés, Carolina, Adela y Clara y se dirigen al balcón).

Clara.—¡Al balcón, al balcón!

Inés.—Si, si, a decirle adiós.

(Adioses desde el balcón. Puede oírse la bocina del automóvil que se lleva a María).

Adela.—(Volviendo al salón). ¡Ya se fué!

Carolina.—¡Qué contenta vá!

Inés.—¡Ya lo creo!

Clara.—Con todos sus aires de mujer rebelde, es una criatura de tres años.

Adela.—En fin, si se dirvierte...

Clara.—Bien ganado lo tiene, porque hay que confesar que el difunto señor Losada era bastante aburrido, el pobre.

Carolina.—Y bastante chinche... ¡Que solos le tiene dados a la infeliz con aquel condenado juego de damas!...

Adela.—Pero la quería de veras: ya ves, le ha dejado toda su fortuna, y sin ponerle ninguna condición.

Inés.—No faltaba otra cosa. Ella se portó con él como una santa.

Carolina.—Y a pesar de muchísimos pesares; porque aunque ella no lo confiese, naturalmente, me parece que el tal Lorenzo Peña la llegó a interesar más de lo necesario.

Adela.—Y que él, naturalmente, si lo conoció, apretaría el cerco, porque los hombres ¡a la qué estamos!

Clara.—Es más buena que el pan.

Inés.—¡Y más lista!

Carolina.—De todo se hace cargo.

Adela.—Pero un poco chiflada si que está.

Clara.—No: es que tiene mucha imaginación, y a fuerza de dar vueltas, como no tiene que pensar más que en sí misma.

Adela.—Si, le habrían hecho falta media docena de hijos.

Clara.—Ni eso... con haberse tenido que ganar la vida... Puede que hubiera sido una gran artista, porque talento ¡ya lo creo! le sobra. Lo que le echó a perder la vida fué casarse tan joven con un hombre tan rico.

(Dentro se oye la voz de un hombre que habla con Juana).

Lorenzo.—¿De viaje?

Juana.—¡Si, señor, si!

Lorenzo.—Pero... ¿volverá pronto?

Juana.—No, señor..., es decir, no lo sé: ahí están las amigas de la señorita... si el señorito quiere pasar, puede que las señoritas le puedan decir algo...

Clara.—¿Qué?

Carolina.—¿Quién habla?

Adela.—¿Quién es?

Lorenzo.—(apareciendo en la puerta). Buenas tardes, señoras.

Adela.—¡Angela María, Lorenzo!

Inés.—¡Lorenzo Peña!

Carolina.—¡Jesús, a buena hora!

Clara.—Esto es de lo que se llama llegar a tiempo.

Adela.—Pero ¿de dónde sale Ud., hombre de Dios?

Carolina.—¡Hombre, siquiera diez minutos antes!

Lorenzo.—(Asombradísimo ante la actitud de ellas). Señoras mías... la verdad... no comprendo...

Todas.—(Cada una por su lado, sentándose cada una en un rincón, sin mirarle, ni responderle). ¡Ja, ja, ja, ja!

De la guerra europea

Por el Capitán Milias

No han ocurrido cambios apreciables en la situación general. Las líneas de Occidente varían muy poco; en el Oriente, los rusos siguen perdiendo terreno, y la lucha en los Dardanelos no señala ventajas positivas para ninguno de los contendientes. Sobre el avance italiano por tierras de Austria, hay opiniones de que no son tan grandes sus triunfos como los relata el cable aliado.

En esta guerra, cada uno de los beligerantes se distingue por la actitud anímica individual que el pueblo asume frente al peligro.

Inglaterra, por su reacia pasividad en cumplir con los deberes ideales del patriotismo. Francia, la excéptica bullanguera, por la abnegación, seriedad y prudencia demostradas desde que empezaron las hostilidades.

Bélgica, por su silencioso y heroico sacrificio. Alemania, por la inalterable grandeza de espíritu expuesta a juicio de todos en presencia del cataclismo que amenaza aniquilarla. Austria, por su ineficacia personal y su empuje en colaboración. Rusia, por el eterno fracaso de su historia militar.

Servia y Montenegro, por la impertérrita agresividad de la raza. Turquía, por su ciega sumisión a los alemanes, e Italia, por el carácter novelesco y emocionante que imprime a sus hazañas épicas. En los días que lleva de ventajosa pelea, ya nos ha presentado una nueva Juana de Arco en cierta campesina que guió los ejércitos italianos a una gloriosa victoria solo comparable a los triunfos de César. Los cables de Roma desmienten la concisión del mensaje, dándonos relatos kilométricos en que aparecen escenas de ternura militar del Rey, cuando reparte, familiar y campechano, el pan de munición y las cruces de mérito a que el heroísmo aspira. Cuando leemos esos despachos nos parece ver reproducidos trozos novelescos de Los Tres Mosqueteros, de Amado de Gaula o de Carlota Braeme, según la gradación relativa de tales informaciones.

Los italianos harían mejor papel imitando a los franceses en la sobriedad y modestia de sus partes oficiales, porque si no el mundo no va a tomar en serio sus hechos guerreros.

Diario de la quincena que termina hoy

Día 1.—El Papa hace declaraciones a un repórter, condenando el hundimiento del «Lusitania».

Día 2.—Los italianos progresan en su avance por Austria.

Día 3.—Concentración de fuerzas alemanas para reanudar el ataque sobre la ruta de Calais.

Día 4.—Movilización del ejército búlgaro.

Día 5.—Los alemanes, empleando gases asfísantes, toman una posición francesa en las cercanías de Ipres.

Día 6.—Declaración oficial de haberse extendido el cólera asiático por varias regiones de Austria.

Día 7.—Furioso combate en los Dardanelos, en que perdieron las fuerzas turcas.

Día 8.—Se reciben noticias de un combate naval entre las escuadras rusa y alemana del Báltico. Los alemanes perdieron un acorazado y dos barcos auxiliares.

Día 9.—Un gran ejército austro-alemán, de un millón de hombres, avanza sobre Italia. Ya lo anunciamos en nuestra crónica de la pasada edición.

Día 10.—Gran victoria del ejército francés que opera en los Dardanelos.

Día 11.—Ha cesado la tirantez de relaciones que provocó el hundimiento del «Lusitania» entre los Estados Unidos y Alemania.

Día 12.—Se ha descubierto la existencia de ocho submarinos alemanes a retaguardia de la escuadra aliada que opera en los Dardanelos, noticia que confirma lo que dijimos sobre el particular en el número anterior.

Día 13.—Lord Kitchener, Ministro de la Guerra inglés, abre un nuevo sistema de alistamiento militar.

Día 14.—Los aeroplanos de los aliados que bombardearon a Brujas, en Bélgica, reiteran sus ataques, causando grandes destrozos.

Día 15.—Se reanuda la gran batalla por las líneas de Flandes. Los beligerantes se preparan a sufrir una nueva campaña de invierno.

El gran pensador mexicano

Por Rubén Darío

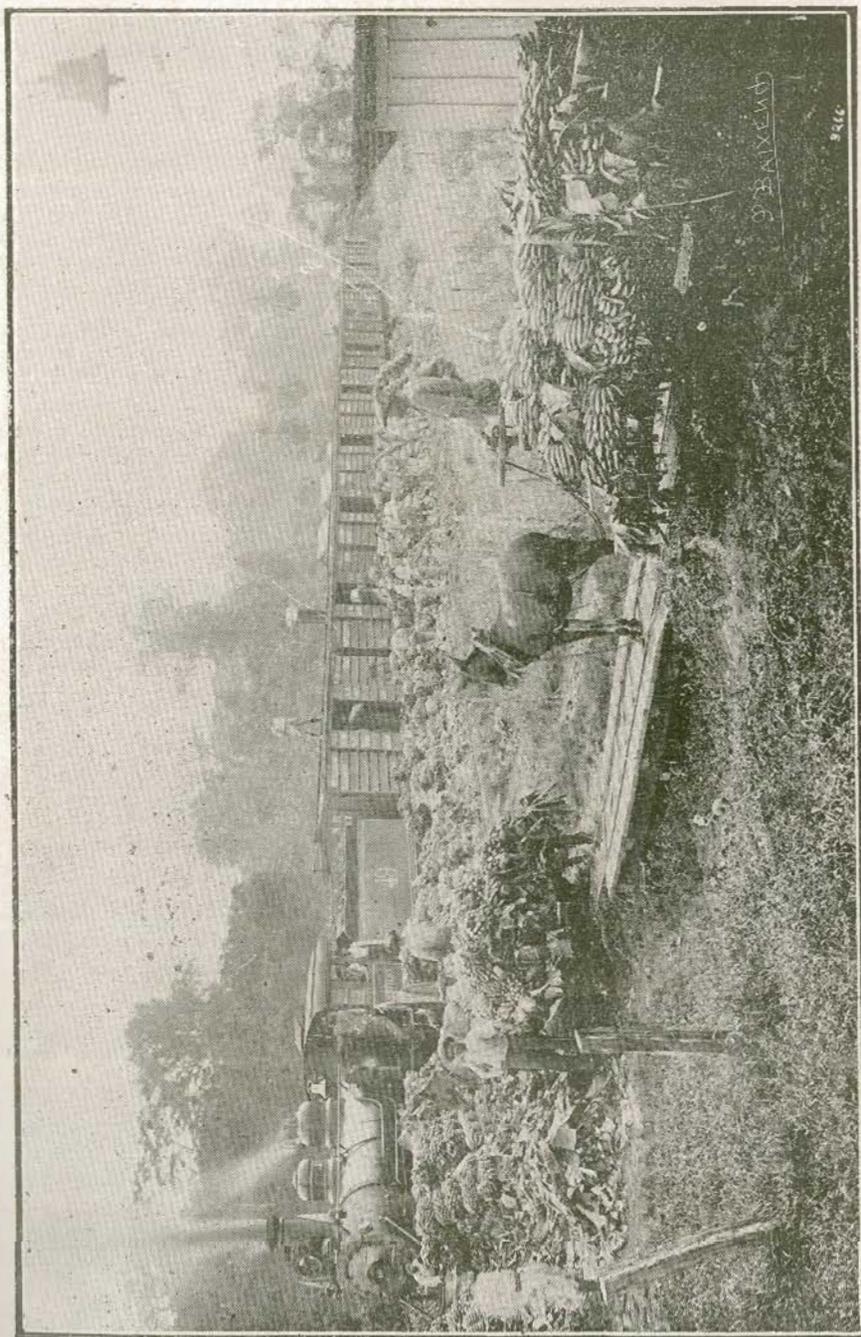
Ser ilustre campeón de los ilustres juegos
en que son semidioses y poetas hermanos,
ver en sueños temblar la gran lira en las manos
del viejo rey de musas, príncipe de los ciegos.

Prender su antorcha humana con los divinos fuegos
y mantener en nuestros bosques americanos
al par que la frescura de los mirtos romanos
el verdor armonioso de los laureles griegos.

Y alma tan transparente y sonora que admira
por el puro cristal en que su esencia encierra
y en que como el oriente de una perla se mira.

Honar al continente y enaltecer su tierra,
y todo ante la gracia celeste de la lira,
son los más grandes cargos contra don Justo Sierra!

COSTA RICA PINTORESCA



G. BAIXENY

846

Cargando bananos

Impresiones de la vida nacional

Por Simplicio

Hemos oído en varios centros de negocios, que van a ser hechos graves reparos al empréstito de medio millón de dollars contratado por el Gobierno para auxiliar al comercio. Y que esos reparos se exteriorizaran conjuntamente a las deficiencias que de seguro han do notarse en el manejo de fondos. Ahora viene bien aquello: «Tras de corrido apaleado». En los tiempos calamitosos por que atravesamos, ya han quebrado muchas instituciones comerciales, varias casas rebajaron empleados y sueldos, otras reducen sus obligaciones y casi todas viven de milagrosa casualidad, y cuando los llamados a solucionar problemas y evitar catástrofes procuran ir *echando remiendos* a la situación, salimos con deducciones metafísicas que restarían buena voluntad y paciencia al mismo Job.

Aquí del célebre cuento de un gallego que hebiéndose dispuesto a correr tierras llevaba, como bagaje, este consejo de su padre: «No hagas nada sin que te lo paguen». El gallego anduvo largos caminos, y aspeado y hambriento, cayó sin fuerzas. Un arriero que a la sazón pasaba, díjole, condolido del caminante: «Sube a uno de mis burros y te conduciré al pueblo». Subió el hombre, y cuando ya rendida la jornada se apeaba de su burro, habló de esta guisa al arriero: «Señor, mi padre me aconsejó que no hiciese nada sin que me pagasen... *Abóneme usted lo que he hecho!*»

Se ven ingratitudes inconscientes...

*
* *

En los corrillos monocales, se dice, con grandes reservas, que la visita a San José del Obispo de Panamá y el Delegado Apostólico se debe a ciertos arreglos sobre permutas diocesanas. Y aseguran quienes se dicen bien en-

terados, que las desavenencias entre el clero de Costa Rica han causado mal efecto en Roma, que vería con agrado esas permutas. Veremos que sucede.

*
* *

La Información ha escrito un editorial defendiendo sus anuncios de la competencia de *El Imparcial*. Y le hace a este colega *venidero* gran reclame cuando escribe, poco más o menos, esto: «El agente de *El Imparcial* solicita anuncios invocando las influencias gubernamentales, que lo harán circular con profusión por todo el país»... Bueno, pues si los anunciantes saben que *El Imparcial* circula más que *La Información* allá llevarán sus reclamos, sin que les importe un bledo que sea o deje de ser gubernamental, semi-oficial... y tal.

Conque el editorialista ha sido muy poco hábil *al desarrollar la idea* en esa forma contraproducente, que *hace el caldo gordo* al enemigo...

*
* *

El Diario de la Tarde salió a luz pública el martes por la mañana. Su editorial es una diatriba contra ciertos colegas, y por mucho que dice no ser diario de combate, sino de debate, esta primera prueba contradice la aseveración.

Declara con énfasis que es gubernamental, lo que debe ser un elevado arranque de franqueza y sinceridad pura de sus redactores o simplemente del editorialista; pero, como quiera que sea, semejante relieve no resulta de hábil penetración periodística en los momentos actuales.

Correspondemos agradecidos al atento saludo del colega, y deseámosle grandes triunfos en su labor.

Porfirio Díaz

Acaba de morir en París uno de los más grandes estadistas del mundo: Porfirio Díaz. Ni una palabra se había anunciado de su enfermedad, cuando el cable nos dió la triste nueva.

Ha muerto sin ruidos de apoteosis el hombre de genio que en días no lejanos asombrara al Orbe entero con ejemplos de la más ruda potestad de un carácter. El solo gobernó el pueblo de México durante 36 años, aplastando sin conmiseración todas las ideas evolucionistas que propendiesen al desequilibrio del sistema de paz, sostenido en sus manos férreas a toda costa. Pero hizo de su país una nación de primer orden, con industria y comercio colosales, floreciente agricultura y crédito universal ilimitado. Cuando, falto de sus proverbiales energías, cedió el puesto a la revolución, el Estado mexicano tenía 60 millones de pesos ahorrados en caja, varios miles de kilómetros de ferrocarril propio, un ejército regular de 70 mil hombres de todas las armas en pie de guerra, buena flota armada y mercante, y el apoyo moral de los pueblos civilizados

de la tierra, menos de los Estados Unidos de América.

En la sesión solemne del Congreso que recibió su renuncia, el que estas líneas escribe oyó de labios del grande hombre esta sentencia: «No cedo al



GENERAL PORFIRIO DIAZ

triunfo de la revolución, sino a la voz del patriotismo que me ordena acallar otros sentimientos e impedir que se derrame sangre mexicana al calor de influencias contrarias a los sagrados intereses de la patria. Pero Dios quiera hacer feliz a mi pueblo, y que no se repita ahora la vergonzosa historia del 47.

»Llevo a mi pesar el triste presentimiento de que la gran República mexicana se ahogará en un diluvio de ambiciones, aprovechadas oportunamente en su beneficio por el enemigo común.»

Don Porfirio no se engañaba, por desgracia!

Descanse en paz el ilustre Presidente de la que fué primera Nación de la América Latina, destruída hoy al embate del imperalismo...

Por la hermosa y desventurada Nicaragua

Con motivo de haberse publicado en el número anterior la sentida poesía de Luis A. Agurto, a NICARAGUA, hemos recibido una interesante misiva, que insertamos a continuación, por cuyas frases encomiásticas damos a su autor las más expresivas gracias:

San José, julio 1º de 1915.

Señor don

Alvaro del Monte y Torreblanca,
director de la Revista Ilustrada
PANDEMÓNÍUM

P.

Muy estimado señor:

Como nicaragüense, complázcome en significarle mi agradecimiento por la publicación en su interesante y lujosa Revista, de la bella composición a Nicaragua, del delicado poeta hondureño don Luis A. Agurto.

Bien merece mi desgraciada y abatida patria, la fina atención de que ha sido objeto por parte de usted.

La Prensa es sin duda el más avanzado centinela del honor y del decoro nacional; y es la poesía, como la música y el canto, la forma más exquisita para despertar el patriotismo, señalar los errores de los hombres y estigmatizar sus crímenes. Quizas por eso los antiguos, enseñaban a recitar a las masas populares, las más bellas y ardientes composiciones patrióticas de sus más inspirados poetas.

Ojalá su importante revista, no mire con indiferencia los males que afligen a la tierra de los lagos, que ellos amenazan también las libertades e independencia de las otras repúblicas del itsmo.

Comprometida mi gratitud, tengo mucho gusto de suscribirme de Ud. muy atento y seguro servidor,

F. J. LACAYO.

N. de la D. PANDEMÓNÍUM colabora siempre muy gustoso en toda labor de justicia.

Sedas

Por Eslidoro Moreira h.

Vara Mercedes

Persa divina del trino y del verso,
que llevas luz en las lindas pupilas,
Como si fueras la aurora del verso
Con la gran luz de tus lindas pupilas.

Niña de lirios que sabes de aroma
Y de armonía que saben las lirás
Cuando modulas la nota que aroma
Y en tu garganta sonríen las lirás.

Musa de nácar, de luz y de seda,
De suavidad, de locura y de ritmo,
Sé la divina muñeca de seda,
Novia del trino divino del ritmo.

Sé la jazmínea, sutil Princesita,
Florecedora de blancos jazmines,
En tu locura de luz, Princesita,
Y en tu blancura sutil de jazmines.

Sé la rosada Lulú de los cuentos
En que fulguran las negras pupilas,
Como si fueras la luz de cien cuentos
De ese inmortal esplendor de pupilas.

Sé la locura y el verso que trine
En la floresta lilial de los sueños...
Se la más buena... Y el mirlo que trine
Te ha de contar el dolor de los sueños...

Canta tu canto, ¡oh Muñeca de seda!
Para que seas la alondra del ritmo...
¡Sé la divina muñeca de seda
Novia del trino divino del ritmo!

Managua, 1915.

Minuto de amor

A Olga W..., en Rusia

Por Jroglán Turcios

Yo gocé con la pálida extranjera
un minuto de amor.
Un instante no más. Sólo un instante
de profunda emoción.

De un matiz verde-mar eran sus ojos
y su boca un clavel.
Y de oro la fértil cabellera
y de lirio la tez.

¡Milagros de sus manos inefables!
¡Fragancia de su errante juventud!
¡Esbeltez de su forma peregrina!
¡Ojos que irradian misteriosa luz!
¡Quién pudiera en algún extraño clima
vuestro encanto de gracia sideral
sentir una vez más... ¡Ah, quién pudiera
volveros a mirar!

Sobre el ignoto piélagos azulado,
de las nocturnas olas al rumor,
fueron míos sus besos... Fueron míos
sus-besos encendidos de pasión.

¡Besos como divinas quemaduras
de una delicia mágica y cruel,
dulcísimos, voraces y profundos,
largos besos de muerte y de placer!

¡Besos en que se entrega el alma toda
y todo el cuerpo cálido de amor,
en que se extingue el alma y en su cárcel
se agita enloquecido el corazón!

¡Besos en que los labios son dos llamas
del volcán interior, ciego y voraz,
que el fuego de la sangre y del espíritu
hacen surgir en vértigo mortal!

Besos en que los ojos languidecen
y se rodean de una ojera azul.

En que se da la vida en un suspiro
y el vigor de la ardiente juventud.

¡Besos de amor, caricias inmortales,
que por los tiempos resonando irán!
¡Fecundos como el vuelo de los pólenes!
¡Átomos de la obscura Eternidad!

Rememoro a la virgen extranjera
que hice un día de amor palidecer,
de quien fui iniciador en ese mágico
minuto de suprema languidez.

Yo le enseñé la cálida ventura
del beso que es la flor de la pasión
y le hice conocer el paraíso
y los sueños de rosa del amor.

En una noche descifró en mis brazos
el secreto divino del placer.
Y fué mía su rubia cabellera
y toda su fragante palidez.

Y en un solo minuto su hermosura
como una blanca flor,
con su inmortal aroma para siempre,
para siempre embriagó mi corazón.

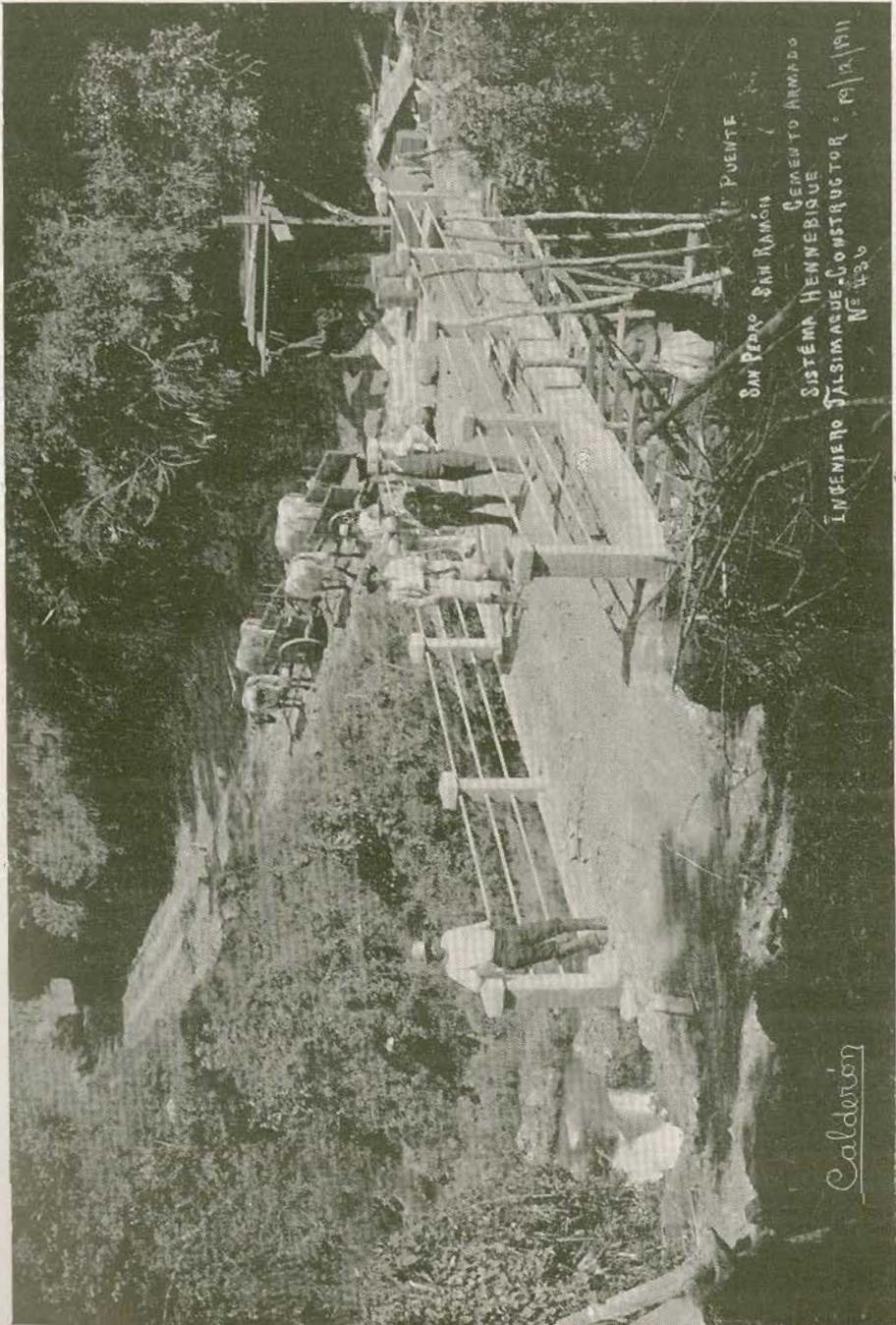
¡Ojos verdes y boca de rubíes!
¡Ágil talle de trémula esbeltez!
¡Manos de blancura milagrosa!
¡No os volveré yo a ver!

¡Quién pudiera en algún remoto clima
volveros a mirar...!

¡Vano imposible! ¡Ya sobre mis ojos
su beso en flor no sentiré jamás!

(Del *Ateneo de Honduras*).

FOMENTO RURAL DE COSTA RICA



PUENTE NUEVO EN UNA CARRETERA CERCA DE SAN RAMON. --SISTEMA HENNEBIQUE

Crónica josefina

Por Florindo

Varios importantes acontecimientos sociales han ocurrido durante la última quincena. Además de la partida rumbo al extranjero de dos señores Ministros y el regreso de algunos otros personajes de nuestro mundo oficial y económico, la fundación de una nueva sociedad de recreo, de una institución benéfica apadrinada por damas muy distinguidas, y el arribo a San José de Sus Ilustrísimas el Delegado Apostólico y el Obispo de Panamá.

* *

Con las noches tan frías y húmedas que están haciendo, nuestras bellísimas damitas no concurren con la asiduidad de mejores tiempos a las retretas de los parques Morazán y Central. Prefieren ir a los cinematógrafos o quedarse en casa, formando amenas tertulias entre sus amistades. De ese modo evitan que el molesto catarro empañe los lindos ojos y desfigure sus rostros angelicales. Tal parece que el tiempo desapacible y crudo influye decisivamente en los ánimos hasta el

extremo de que no se hable de bailes ni reuniones de sociedad por ninguna parte.

* *

Con pena hemos sabido que se halla enfermo de cuidado, el Presidente dimisionario del Congreso, Lic. don Leonidas Pachecho. Nuestros votos sinceros por su salud.

* *

También, y por igual causa, guarda cama el caballero don Isaac Zúñiga Montúfar. Que restablezca pronto son nuestros vivos deseos.

* *

El chismecito que prometí aclarar en esta crónica, no me es permitido dilucidarlo por habérmelo rogado los interesados. Y el cronista rinde a la amistad sus más elevadas consideraciones.

Perdonen, pues, mis simpáticas lectoras.

GRAN DEPOSITO DE MADERAS

— DE —

SUAREZ Y CUETO

El mejor surtido y el que más barato vende en el país.

SAN JOSE, COSTA RICA

Apartado 853

(Aserradero en Orotina)

Teléfono 456

Pruebe el **TE** del ROYAL BAR
Entre Macaya y Assman

Hojeando papeles

Por el Bachiller Lozano de Quindos

Quedamos en escribir algo acerca del libro titulado «Episodios de la Revolución Mexicana», por don Rogelio Fernández Güell.

No quiero hacer crítica literaria, porque la firma es garantía de bondades. Entremos, pues, en materia.

Se contradice el señor Fernández Güell cuando dice: «Los órganos oficiales, al vilependiar a Madero, lo ensalzaron a los ojos del pueblo, y en breve el General Díaz no pudo contar ni con la adhesión de las personas que lo rodeaban».

Y más adelante afirma que la influencia porfirista domidaba en el ejército, el Congreso, la alta sociedad, la Banca, el comercio extranjero y los Círculos Diplomáticos.

Respecto de sus apreciaciones sobre la gestión política de Madero, estamos en un todo conformes; no así en lo relativo al salteador Villa, cien veces peor que Zapata y que todos los antiguos «plateados» y modernos reivindicadores.

Igualmente coincidimos en punto a calificaciones concernientes al malvado Huerta, Félix Díaz y las camarillas reaccionarias del Congreso, la Corte Suprema de Justicia y el Clero.

Cuanto a moral político-libertaria de la revolución modernista, aceptamos sus definiciones; pero ni él ni nadie justificará los procedimientos actuales como obra consecutiva de aquel sistema.

También nos parecen muy fuertes las frases de que se vale para conceputar la prensa mexicana de cierta época. Véase lo que dice el escritor comentarista sobre el asunto: «La prensa estaba subvencionada. *El Imparcial*, *El Diario* y *El Heraldo Mexicano*, recibían fuertes sumas del Tesoro Público, con que sostenían un lujoso tren de empleados».

Y agrega: «... se comprendía la rabia de estos *mercenarios*...»

En la página 164 regala esta hermosa diatriba a los periodistas: «... al ver la prensa en manos de *rufianes*...»

Seguida de esta otra *alusión*: «ESE PERIODISMO DE LINOTIPOS Y ROTATIVAS VIVÍA DEL FAVOR OFICIAL, Y ASÍ, CUANDO LA MANO DE LA REVOLUCIÓN LE CERRÓ LAS PUERTAS DEL MINISTERIO DE HACIENDA Y ACABÓ CON EL FONDO DE LOS REPTILES...»

Aunque muy apropiados al caso tan duros adjetivos, el historiador se excede y va muy lejos, quizás demasiado lejos, en el calor de sus comentarios.

Sin embargo, la compilación histórica aparece muy bien documentada y el orden cronológico intachable.

En el fondo, ese libro se ajusta estrictamente a la verdad; en la forma, demasiado brusco y apasionado de comentarios, para que la imparcialidad deje de achacarle vicios graves de egolatría político-literaria...

Pruebe el **TE** del ROYAL BAR

Entre Macaya y Assman.

Actualidades

Por Eisandro

La partida del moderno Lovelace Castro Quesada dejará una estela de lágrimas femeninas tras sí, pero el género feo se ha salvado... por la falta de tan terrible competencia. Ahorita nos vienen noticias de los estragos causados por Manolo en el corazón de las Miss. Como que es el gran diplomático del amor.

* *

El hombre de Hacienda y Mr. K. nos traen mucha «gurbia» para calmarnos los dolores de muelas ocasionados por la tontería del Comercial.

Bienvenidos, amigos, y acuerdense de que en el reparto no se ahoguen los «chonetes».

* *

El impuesto del chapulín fracasó de la manera más intempestiva, conjuntamente con el Secretario del Ramo, no del ramo del chapulín, sino del ramo... de oliva.

Bien podían haber aguardado a que se disiparan las prevenciones contra el hombre, para que no se dijera que él fué el único que pagó el impuesto.

* *

Tomamos de nuestro colega *La Información* del día primero, lo que sigue:

«Las procesiones del Dulce Nombre

Un caballero nos dice, que las procesiones del Dulce Nombre de este año, produjeron por salves cantadas y rezos, \$ 6,300; la tarifa es a colón por salve.

Comentando el caso, díjonos un amigo: y, háblese ahora de crisis!! Resulta en esto de plegarias y letanías a los

santos, lo mismo que lo del juego de loterías, en tiempos de pobreza; el pueblo, aun cuando más pobre está, más juega a la lotería para ver de salir de miserias por un golpe de fortuna; así, los fieles, cuando más vicitudes y privaciones pasan, con más empeño y constancia piden a los santos de su devoción, les mejore la situación y en ello gastan sus buenos reales.

Y, como la esperanza es la que mantiene...»

Bueno, será la esperanza lo que mantiene; más, no precisamente a esos señores que recolectaron seis mil colones para vivir... sin esperanza. Porque los colones son hechos, y hechos que se pierden de vista. Aquí viene bien aquello de: Alimentaté de esperanzas, que yo de esperanzas vivo...

* *

Ha pasado el 4 de julio, el día de los americanos, sin que escucháramos cimbombazos ni se vieran por la calle escenas edificantes en abundancia. Solo un miembro de la diplomacia yanqui se vió dar tumbos por ahí como cualquier concho en días de fiestas. Lo que prueba que hay pocos americanos en San José.

* *

Embarcaronse algunos reservistas italianos para la guerra. La despedida fué entusiasta; pero los más entusiasmados fueron precisamente los que se quedaban en las trincheras josefinas.

* *

La memoria de Hacienda ha puesto el Congreso en tela de juicio. Buena jugada. ¡Qué habilidad de maestros para quitar mansamente estorbos del medio!...

Teatros

Por Monteblanco

Nada nuevo, absolutamente nada. Ni valía la pena de escribir estas cuartillas; pero es necesario llenar el espacio que nos corresponde en la revista.

Por los teatros, cine y más cine, sin la menor noticia de que la cosa cambie por ahora.

Las familias, si hay estreno de películas con programa atractivo, acuden a verlas, y si no, pasan las veladas en casa.

Los noctábulos no tienen donde ir, pues hasta los conciertos de «La Magnolia» se ven poco concurridos, y las retretas en parques y paseos duran solo una hora.

El único «lugar favorecido» es el frente del anunciador lumínico, que dá películas gratis dos horas o más, para solaz y esparcimiento de su bullicioso público.

Y después de las diez de la noche, San José es un cementerinj...

Sin embargo, en el Teatro Roig se ha estrenado una película que animó grandemente un par de noches. Y en realidad, el X misterioso es de lo mejor que hemos visto, por el buen arte de los intérpretes, lo real y bien presentado de las escenas, y, sobre todo, por el buen sentido con que va desarrollándose hasta el final la argumentación de la obra. También le ha dado muy buenos resultados al aludido teatro, su sistema de repartir juguetes en las matinees domingueras. Daba gusto verlo el pasado domingo, rebotante del público infantil que alegra con su simpática presencia cualquier lugar donde vaya, y que se dió esa tarde el placer de gritar y reír cuanto quiso, viendo las películas de «El Pulgarcito» y demás de la serie cómica para niños.

Bien por el Roig, que sabe proporcionar ratos de intensa alegría a nuestros ángeles rubios y sonrosados.

Notas varias

El castillo de las solteras

Existe en Dinamarca un castillo que es el verdadero paraíso de las aristócratas que se quedan sin casarse. Fué fundado por la Reina Sofía de Dinamarca para las damas nobles que llegan a cierta edad sin contraer matrimonio. Las jóvenes viven en una atmósfera monacal, pero en lujosos departamentos con numerosa servidumbre y tienen el tratamiento de Vuestra Gracia, concedido por el Soberano, sin duda para recompensarlas de no haber tenido otras gracias.

En el lenguaje de las flores, trigo significa riqueza; alfalfa, vida; y patata, beneficencia.

El agua de un florero debe contener en disolución un poquito de azúcar, pues con esto las flores tardan más en marchitarse.

El águila es el símbolo del genio; el áncora, de la esperanza; la bola, de la inconstancia; y el ciprés, de la muerte.

Para comprobar si el agua que tenemos es pura, basta llenar las tres cuartas partes de una botella con agua y añadir una cucharada de azúcar; si en las 48 horas el agua está lechosa, significa que es mala.

La máquina para fabricar el papel fue inventada por Robert en 1798.

Uno de los títulos atribuidos al Kaiser es el siguiente: «Comandante Supremo del mar, de la tierra y del aire.

—¿Sabe usted el misterio de la Encarnación?

—No, señor cura.

—¡Pero si eso todo el mundo lo sabe!

—Pues entonces, ¡vaya un misterio!

—¿Pero no viene esa sopa, camarero? ¡Vaya un modo de tardar!

—No le extrañe al señor, ¡es de tortuga!

—Vamos a ver, ¿por qué el agua del mar es salada?

—Toma, porque dentro hay bacalao.

—Mal... mal...dito el... el... el hom...bre tar...tamu...mudo que... que... se ca...casa con un...una mu...mu...jer lla...lla...mada... Pi...pi...pi...lar...

—¿Por qué, hombre?

—Porque... cuando la lla...llamo vienen primero las... las ga...gallinas.

—Don Pedro, le encuentro un poco más bajo hoy.

—Puede ser, porque me lavé los pies...

—¿Ha hecho usted algo por la emancipación de la mujer?

—Sí; he permanecido soltero.

El agua de la cañería...

Trae siempre gérmenes que perjudican la salud, y, para evitarlo, muchas familias hierven el agua antes de tomarla, recurso plausible, pero molesto y de resultados negativos en cuanto a la conservación del sabor especial del agua natural.

Por esto, lo mejor es tomar las *Aguas Minerales de Santa Ana* o los exquisitos refrescos y kolas hechos con ellas, pues así preserva usted su salud y gusta una bebida deliciosa y absolutamente pura.

El Hotel Europa

Hablando ayer con un caballero amigo nuestro, que ha sido comensal en los últimos espléndidos banquetes que nuestro gran mundo oficial, político y diplomático, dió en los lujosos salones del Gran Hotel Europa, decía: «No creí que en San José pudiera ver reproducidos los magníficos comedores de París y Madrid, pero desde que he asistido a los banquetes del Hotel Europa afirmo que en ninguna parte se sirve mejor ni se come tan bien, al gusto de cada cual, como en el restaurant del Hotel a que hago mención.

Industrias así honran el país y a los hombres activos que las representan».

PANDEMÓNÍUM

REVISTA ILUSTRADA.—LITERATURA, POLÍTICA, COMERCIO, ARTES, CIENCIAS
SE PUBLICA LOS DÍAS 15 Y 30 DE CADA MES

DIRECTOR:

ALVARO DEL MONTE Y TORREBLANCA

GERENTE:

LIC. ANTONIO TIBERIO CERVILLA GARCÍA

CONDICIONES:

Suscripción mensual ₡ 0-50
Número suelto 0-25

Anuncios y comunicados: precios convencionales
Para el extranjero iguales precios en oro (pago semestral adelantado)

SAN JOSÉ, COSTA RICA, AMÉRICA CENTRAL

PRIMERA AVENIDA OESTE N. 13. — APARTADO 24. — TELÉFONO 517. — CABLEY TELÉGRAFO MENSAJERÍAS

IMPRESA, LIBRERÍA, ENCUADERNACIÓN Y FOTOGRAFÍA ALSINA, SAN JOSÉ COSTARICA